

Derribar los miedos, liberar la mente y construir el cuerpo

María Soledad Navarro

solnavarrosafe@gmail.com

Facultad de Periodismo y Comunicación Social - UNLP

RESUMEN

En tiempos donde el concepto clave en el cual gira la vida cotidiana es el de *riesgo*, y la sociedad parece buscar cada vez más herramientas para protegerse, emerge con fuerza una actividad caracterizada por el peligro: el *montañismo*. Dicha paradoja, orientadora del trabajo, me lleva a recorrer no sólo el mundo de los escaladores, sino también la cultura actual y su vínculo indiscutido con la construcción del binomio: cuerpo/comunicación, y las resignificaciones y subjetividades que lo componen.

Abordar el deporte de montaña, como práctica cultural, implica adentrarme en conceptos de identidad, corporalidad, deseo, vértigo y riesgo, apropiados y trabajados de modo transversal, desde distintas disciplinas de las Ciencias Sociales.

PALABRAS CLAVES:

Cuerpo, riesgo, cultura, deporte, comunicación.

PONENCIA

En este boceto preliminar, comenzar recordando a Eduardo Archetti, antropólogo y sociólogo que propuso entre otros, el valioso concepto de *zonas libres*, es sentar una posición clara, concreta y determinante. Como iniciador y fundador de la mirada antropológica del deporte y los imaginarios colectivos, y tomando su camino como guía, voy en búsqueda de una práctica que él llamaría seguramente *marginal, limítrofe, no central...ilegítima desde los discursos hegemónicos y como objeto académico*. Hay literatura biográfica, también numerosas obras que aluden a lo técnico y otras tantas sobre los aspectos psicológicos de quienes la practican, pero el campo sobre la

construcción social de sentidos en esta actividad, está incipientemente desarrollado y con muchos interrogantes que nacen inquietos a su alrededor. En una época donde todo parece estar atravesado por los dispositivos, donde las redes sociales generan una ventana de apertura de lo privado a lo público y la seguridad es una de las premisas más requeridas, esta actividad emerge con fuerza derrumbando los tres pilares mencionados, reordenando las preguntas de quienes analizamos el deporte desde lo comunicacional, tanto desde lo expresado como desde lo “no dicho”.

Qué provoca su resurgimiento?

Un cuerpo que clama por libertad aún con miedo?

Un cuerpo que demanda volver a su animalidad a pesar de querer hacerlo con la indumentaria que el mercado promociona?

Un cuerpo que necesita sentir la cercanía de la nada, del peligro, de la muerte...ávido de sentir el viento, la transpiración, la falta de aire, el silencio?

A partir de la década del ´80 e intensamente en estos últimos 10 años, el montañismo, resurge con fuerza interpelando personas de todas las edades y profesiones, brindando vértigo y libertad, contacto pleno con la naturaleza y, debido al riesgo que implica, exigiendo física y mentalmente a quien opte por él, atravesando prejuicios y mitos.

Definitivamente sería erróneo y lejos de mi objetivo, remitirme a hablar de lo que Parlebas denominó lógicas internas y externas (Parlebas 2002:146) sin lograr desplazar la mirada a la producción de sentido que se construye al elegir la actividad y desarrollarla, sin intentar al menos esbozar lo que pasa en el cuerpo en tanto experiencia: goce, dolor, miedo...

La montaña, como espacio donde se desarrollan prácticas corporales resignificadas, se ha convertido en una paradoja llena de simbolismo y subjetividad, construyéndose como lugar donde el placer dista por una línea casi imperceptible con la tragedia, donde la lógica del sentido fusiona en igual medida el placer y el riesgo. La construcción antropológica de los estados afectivos, de “*el sentir*” que acompaña la práctica, en términos de David Le Bretón (Le Bretón 2002: 13), reviste de un carácter social y un contexto cultural rico, y deseoso de ser descubierto.

No hay dudas de que la búsqueda de vivenciar la ausencia de estructuras sociales y la fusión con el mundo natural, han servido como plataforma para el surgimiento de diversas actividades que van desde las expediciones comerciales hasta la coronación de los picos más altos, desde los trekking hasta las cada vez más numerosas carreras de aventuras. Acertadamente, podría citar la frase de Cachorro y César (Cachorro y César, 2012: 228): *“La industria cultural genera una increíble oferta de prácticas e instala viejos y nuevos deseos de superación personal: cruzar la barrera de los ocho mil metros en el Himalaya, batir récords de velocidad en ascenso al Aconcagua...sin dudas, gracias al desarrollo tecnológico de la seguridad y la resistencia de nuevos materiales los sujetos pueden fabricar sentidos”*.

A veces, en los casos de mayor profesionalismo y conciencia sobre la actividad, se somete a los cuerpos a entrenamientos duros, disciplinados y extensos. Otras, las menos reflexivas, se deja todo en manos de empresas que han seducido a los curiosos, brindándoles los medios y guías para los recorridos, banalizando los riesgos.

La necesidad del uso de habilidades perceptuales que permitan afrontar lo acíclico, imprevisible, cambiante; el desarrollo de atención selectiva para mantener el necesario dominio del cuerpo; la evaluación del nivel de riesgo e incertidumbre y los mecanismos del arte motor que exigen la prolijidad milimétrica en cuanto a las decisiones y ejecución para no *poner en juego* la vida, parecieran perderse en el *alter ego* de la rutina cotidiana donde la simple presión de una tecla, los programas cada vez más refinados de trabajo y los dispositivos tecnológicos devuelven, casi sin movimiento humano, las respuestas a un mundo ya procesado, tamizado y virtual donde la intensidad de lo que ocurre pareciera traducirse en una *emoji*.

Y Archetti vuelve a mi mente y aquí me re-pregunto: qué lleva a desear la experiencia salvaje, desnuda y de una violencia absoluta para una sociedad que ve pasar la vida desde un sillón a través del control remoto, el Instagram y el celular? Por qué el montañismo, como práctica alterativa, se vuelve emergente? Quizás pueda ayudarme Cornelius Castoriadis, señalando: *“el pensamiento es esencialmente social, cada una de sus manifestaciones es un*

momento del medio social; procede, actúa sobre él, lo expresa, sin ser reducible a ese hecho.” (Cornelius Castoriadis, 1997).

Sin objeciones es real que la corporalidad se inserta en tramas de sentidos, y lo que surge de modo imparable desde lo físico, como juego reglado conducido por el ilinx, nace en un conjunto de sistemas simbólicos y como respuesta burlona al control social y a la noción de riesgo que golpea los cuerpos encerrados entre sistemas *althuserianos*, potenciados hoy por el poder reticular de la tecnología.

“El cuerpo metaforiza lo social y lo social metaforiza al cuerpo”, aclamó Le Bretón (Le Breton, 2002:73), entonces por qué no pensar que lo paradójico es sólo la cara oculta de la misma moneda.

Buscar la comodidad para elegir incomodarse

Buscando la forma de desplazamiento que lleva de la seguridad del piso a trepar un muro o soñar con un “ochomil”, creo sumamente necesario hacer historia para encontrar algunas claves.

En el S. XVI en Los Alpes, se ubican los primeros rastros de escalada en hielo de la mano de las actividades bucólicas, y hasta el 2017, diversas han sido las intenciones que han movido a recorrer la montaña. Desde ese momento a la actualidad, han ido surgiendo diversas motivaciones pero todas con un eje central: sentir, buscar, explorar, y expresar un particular estilo de vida.

En Argentina, el primer ascenso se registró en 1882, a cargo de un explorador militar que subió 4660 mts, llegando a la cima de Volcán Domuyo, en Neuquén. Manuel Olascoaga, iniciador oficial de la actividad en el país, tenía como fin el reconocimiento del lugar. Como deporte, el montañismo se inició al año siguiente con un alpinista alemán, Paul Gussfeld, quien coronó el Volcán Maipo de 5290 mts. En ese momento, fueron un hallazgo tanto la actividad como el espíritu aventurero, empujando a que las comisiones fronterizas de Argentina/Chile, debieran cartografiar la zona. Habitualmente quienes ascendían eran científicos, exploradores, cartógrafos o geólogos. La expedición más importante que marcó el rumbo de la actividad, fue la coronación del Aconcagua en 1896, por el inglés Briton Edward Fitz Gerald, y Nicolás

Plantamura, teniente del Ejército Argentino, fue el primer argentino en alcanzar la cima el 8 de marzo de 1934.

Desde ese momento hasta ahora, el número de escaladores que suben sólo por el vértigo y el placer de derribar sus propios miedos, a aumentando notablemente, demandando la creación de Entidades e Instituciones de Montaña

Desde tiempos inmemoriales existieron elementos que han acompañado la práctica y han brindado una pseudoseguridad a los montañeros. Desde el uso de la maza, los mosquetones, “los *Alpenstocks*”, los bastones, crampones, clavos y martillos, pasando por las cuerdas, GPS, y vestimenta técnica cada vez más perfeccionada, el montañismo se ha ido preparando para brindar la mayor tranquilidad, incluyendo las capacitaciones sobre rescatismo y prevención de accidentes. Si tenemos en cuenta ésto, qué genera la paradoja del binomio: búsqueda constante de seguridad/riesgo absoluto?

Desafiar la montaña, a veces hace que se pierda una de las premisas básicas que conviven con la actividad: la suerte, único factor del que depende quien decide ascender a la libertad.

Es paradójico que muchas de las personas que lo realizan, en su vida cotidiana intentan dejar nada librado al azar, desde el simple hecho de mirar el pronóstico meteorológico, hasta contratar seguros, desde manejar Facebook e Instagram para “construir” su mundo, hasta elegir la butaca más cercana a la puerta de salida al viajar en un avión. Paraguas, contraseñas, candados, alarmas, Leds, Tablet...todo está predeterminado para vivir con comodidad y sensación de seguridad pero esa misma persona que decidió constituirse sin temor, sin sorpresas y con una tranquilidad que le permita transitar por la vida, está eligiendo el fin de semana, “colgarse de un arnés” en el vacío, transitar la soledad de estar en medio de la nada con una única persona que desconoce de lunes a viernes: él mismo

“Pensar el cuerpo es pensar el mundo; es un tema político mayor. Es un factor importante para pensar en las sociedades contemporáneas.”, advierte Le Breton, acotando: *“La aventura o el riesgo, el gusto por lo extremo, dibujan una*

constelación de prácticas nuevas cuyo objetivo es exponerse físicamente a importantes esfuerzos o, inclusive, al peligro...” (Le Breton, 2009).

APRENDER A VER LOS INTERSTICIOS

“Lo que hace falta es un triple punto de vista, el del hombre total”

Mauss, 1934: 340

Cómo lograr una interpretación certera y contingente, dinámica como el contexto y las circunstancias, que respondan a qué mueve el cuerpo de quien elige el ascenso?: Cansancio del sistema? Hastío de los dispositivos? Búsqueda de conocerse a sí mismo?

Intersticio: grieta, resquicio, hendidura, raja, rendija, abertura, fisura, hueco, espacio, falla... podría seguir enumerando infinitamente, pero lo que realmente interesa es cómo ese concepto interpela a quien deseen realmente saber por qué se elige la dificultad respiratoria, el dolor de gemelos, las manos agotadas y el vértigo luego de una semana de rutina laboral.

Reconstruir el sentido del RIESGO, a la luz de Ulrich Beck (Beck, 1998), permite pasar de la deconstrucción de la comunicación de los cuerpos materializados en la práctica, y a la vez decodificar la construcción social de sentidos que contiene. La dicotomía riesgo/seguridad, es una construcción vinculada, según el autor, a la percepción cultural que crea una realidad virtual y a su vez real.

Los ofrecimientos de ascenso a las montañas con un equipamiento completo, un pronóstico extendido previamente analizado, un guía experimentado, un seguro de vida y en equipo con deportistas reconocidos (y si se le suma un vínculo afectivo, mejor) podrías construir la seguridad buscada. Ahora, si aún con todas esas herramientas, días antes de la expedición, hay un alud, se pierde un montañista en la zona o el clima varía...puede que ese muro de tranquilidad se derrumbe, haciendo cambiar la percepción.

Las sensaciones tanto de temor como de calma, son tan efímeras, como las certezas que pueden brindarnos la naturaleza. La seguridad ontológica señalada por Giddens (Giddens A 1991:52) que describe las rutinas que

brindan confianza en la vida cotidiana, se esfuman así ante lo impredecible de una cima.

Siguiendo con Beck y estableciendo un diálogo con Le Bretón, (Le Breton 2002:92), y pudiendo divisar el concepto de “sociedad de riesgo”, vertido por el primero, y el de “sentimiento de seguridad”, vertido por el segundo, se pueden direccionar las respuestas a la paradoja, centrando el camino en la crisis social generalizada que apremia a los ciudadanos desde la violencia social, la desconfianza y presión institucional, el avasallamiento tecnológico y los apocalípticos discursos mediáticos.

Sentir sin ataduras, encontrarse a uno mismo, navegar por las sensaciones plenas de lo natural, retornar a la animalidad que desnuda de normas y encasillamientos. Del temor AL otro se pasa a el temor A LO otro, a lo desconocido que no deja de ser lo propio, lo natural. En una época de confort y comodidades, de fugacidad, de silencio social producto del grito de los dispositivos que dicen, sienten, viven por nosotros, construyen la imagen del ser, elaboran las máscaras desde las que se nos ven y el espejo en el que nos miramos, el cuerpo necesita expresar.

Ascender, subir, elevarse a la libertad...dejar el espacio de la seguridad virtual para escalar al terreno de la inseguridad real y tangible, dejar el sosiego hogareño, apagar las alarmas, sacar el cinturón de seguridad, no mirar el vencimiento de los alimentos...simplemente ser.

La montaña, como construcción subjetiva de lo inalcanzable que nos hace poderosos al invadirla, que nos devuelve los poros abiertos, la respiración cortada, la piel curtida, que nos aleja de las selfies y de las redes sociales antisociales, la que nos da miedo tangible, concreto, supremo, pero nos brinda el orgásmico momento de ser, de simplemente ser con uno mismo.

Y el miedo? Reflexiono mientras releo algunas páginas de biografías de montañistas intentando entender la significación más desde el sentir que desde la razón. El miedo está presente, por supuesto, también lo está en las calles de una ciudad metropolitana, en los parajes de un pueblo, en el pequeño comercio, en las universidades, en las instituciones públicas y privadas, en las

normas, en cada email de remitente desconocido...por qué entonces no debería estar en la montaña?

Nos desarrollamos en una sociedad represora del cuerpo, disciplinadora, silenciadora y cómplice (en muchas ocasiones) de la violencia real, virtual, tangible, simbólica. Crecemos en un mundo donde el temor pasaba antes por la ausencia de información y hoy por su exceso. El capitalismo cada vez expulsa más personas que son criminalizadas y puestas en el ojo de la tormenta por el sólo hecho de quedar fuera del sistema. *“Conforme la pobreza avanza, se fortalece un discurso que ha terminado por convertirla en categoría de clasificación sociocultural, a la que se asignan un conjunto de atributos a priori, que tiene repercusiones sociopolíticas para el uso de la ciudad. Por ejemplo, crece la exclusión a través de mecanismos autoritarios y de represión policiaca; aumenta la sospecha y la desconfianza como forma cotidiana de vida; disminuyen los lugares de sociabilidad y de encuentro colectivo, lo que deriva en un “achicamiento” de la experiencia urbana”*, señala Rossana Reguillo desglosando la construcción social del miedo actual (Reguillo R, 1996). Pienso, abriendo aún más el juego para futuras miradas caleidoscópicas en el campo disciplinar: por qué entonces no elegir la montaña donde el temor garantiza reencontrar el cuerpo libre de ataduras? Por qué negarse a la individualización estructural para elegir estar solo o en soledad desafiando los límites autoimpuestos?

Transitar temáticas y construcciones teóricas para analizar el montañismo en una ponencia, sólo me permite esbozar reflexiones e invitar a **escalar** la temática. Podría darle cierre? Indudablemente no, pero sí dar continuidad a lo analizado desde posteriores trabajos de campo y, quizás realizar el armado de un equipo interdisciplinario con el que pueda atravesar la actividad y los cuerpos que, en la búsqueda de libertad, deciden ascender rompiendo las barreras del miedo. Todo está por iniciarse, derribando los miedos y *pseudo*-seguridades académicas, liberando la mente y *re*-construyendo el cuerpo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Archetti, E. (2001) *El potrero, la pista y el ring: Las patrias del deporte argentino*. Buenos Aires, 2001
- Archetti, E (2016) *Masculinidades: fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires.
- Beck, U (1998) "La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad"
PAIDOS IBERICA
- Cachorro G. y César R. (2012) *Prácticas corporales, sentidos, estrategias y tácticas*. En Estudios socioculturales del deporte. Desarrollos, tránsitos y miradas. (Quitian Roldan David compilador). Bogotá
- Cornelius C. (1997) El Imaginario Social Instituyente. *Zona Erógena*, n° 35.
- Giddens A (1991) *Modernidad e Identidad del yo*
- Le Bretón D. (2009) Pasiones del riesgo y contacto con la naturaleza. En *Revista de EF & C* año 11 n° 9. La Plata
- Le Bretón D. (2002) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Palebas P. (2002): *Elementos de sociología del deporte*. Cap. II "Clasificación de los juegos deportivos". Málaga
- Reguillo, R. (1996, 2da ed. 1999) *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre, comunicación*. Guadalajara: Universidad Iberoamericana/ITESO.

